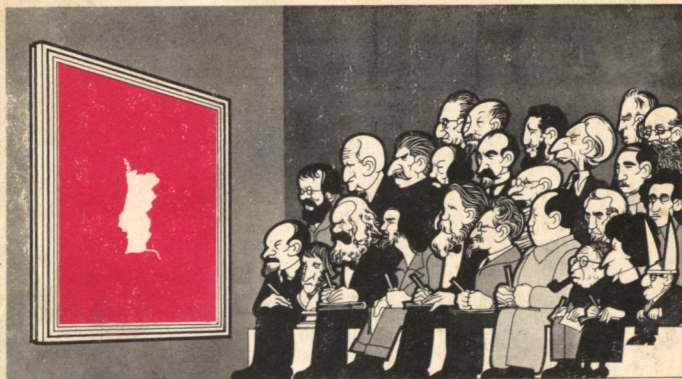


PORTUGAL, MOMENTOS CRITICOS

60 SERIE R



LA DINAMIZACION DEL SECTOR INDUSTRIAL PASA POR EL CONTROL DE LOS TRABAJADORES

**Declaraciones del secretario de Estado de
Industria y Tecnología Martins Pereira,
autor de dos ensayos sobre la realidad
portuguesa: «Pensar Portugal Hoy» e
«Industria, Ideología y Cotidiano», reco-
gidas por Mario Rosendo para «Diario de
Noticias», el 17-6-75.**

LA ACTUACION DEL GOBIERNO EN EL SECTOR INDUSTRIAL

D. N.—¿Cuáles son las líneas generales y fundamentales de la actuación del Gobierno, más específicamente del Ministerio de Industria en relación al sector industrial?

M. P.—Desde la toma de posesión y entrada en funciones del equipo, la preocupación del Ministerio de Industria fue la de elaborar un programa interno que comprendiese un conjunto de medidas a adoptar a corto plazo, programa que posteriormente fue discutido y aprobado en el Consejo económico de ministros.

En realidad la mayor parte de los problemas en que se debate la Industria exige acciones a corto plazo. No son, contrariamente a lo que nos gustaría decir, problemas de inversión a largo plazo. Estos son problemas de fondo, pues «determinan» el

futuro; tenemos al mismo tiempo que pensar en ellos pero sin olvidar que el destino del proceso revolucionario portugués, se determinará en las decisiones que se tomen, no sólo en el campo industrial y relativamente a corto plazo.

Hay una serie de sectores efectivamente en crisis, por diversas razones. Una de ellas es, sin duda, la disgregación del sistema económico, de los mecanismos de decisión y el viraje político que apunta hacia una nueva racionalidad de producción, hacia nuevas relaciones sociales y que, como es natural, causó una serie de traumatismos. Otra, los problemas resultantes de vinculaciones muy estrechas con el mercado internacional en situación de crisis, como se sabe, y, por otro lado, las dificultades que han sido provocadas (y las ha habido) externa e internamente independientemente de la crisis capitalista que sigue su curso.

Sin embargo, nuestra preocupación incide sobre dos aspectos muy concretos, uno el «control» de los servicios básicos de la industria que ha ido tomando formas diversas; otro, aquello a lo que llamamos el programa de apoyo a la producción nacional. Este último tiene como objetivo dinamizar aquellos sectores que, no siendo básicos, son, sin embargo, extraordinariamente importantes para la Economía Nacional, y que están constituidos por numerosas pequeñas y medias empresas que se encuentran desarticuladas, con problemas de ocupación de la capacidad productiva, de liquidez, etc., creando situaciones de tensión de empleo y de rigidez de la trama económica.

En una palabra, podemos decir, por tanto, que nuestra preocupación fundamental es la dinamización. Para esto vemos dos líneas a las que llamaríamos **la dinamización por el «control»** y **la dinamización por el mercado**. La primera es aquella que, por vía de nacionalizaciones o siguiendo otros sistemas, permite el «control» efectivo de determinadas empresas y sectores.

Acentúo que además de las nacionalizaciones hay otras formas de «control». En determinados sectores de los que es un ejemplo la metalurgia se tiene intención de crear mecanismos y órganos que tengan como objetivo el «control» de esas actividades, según un esquema que incluso puede llegar a ser, en mi opinión, políticamente más progresista que la propia nacionalización (en la fase en la que nos encontramos actualmente). En realidad, si no se saca partido político muy rápidamente de

las propias nacionalizaciones, dentro de las nuevas estructuras que de ellas resulten, éstas pueden, en cierta medida, ser bloqueadoras de la dinamización de los propios trabajadores y de su intervención en el proceso revolucionario. Me parece indiscutible que, sin la intervención de los trabajadores se corre el riesgo de una simple estatización.

La otra línea de nuestras preocupaciones es, como ya dije, la dinamización a través del mercado, que se dirigirá a los sectores, cuyos problemas fundamentales son, precisamente los del mercado. Aquí la intervención no puede ser sólo exclusivamente del Ministerio de Industria. El caso más típico es el de las industrias de materiales de construcción.

Tiene que haber a nivel global de Gobierno o de otros ministerios, una acción común, con el objetivo de intervenir y dinamizar otros sectores de la actividad que no dependen del Ministerio de Industria pero sobre los que tiene una influencia absolutamente decisiva. Sin embargo, esto no quiere decir que incluso por parte del Ministerio de Industria no se hayan iniciado determinadas acciones en el campo de dinamización a través del mercado.

FORMAS DE «CONTROL» MAS PROGRESISTAS QUE LAS PROPIAS NACIONALIZACIONES

— D. N.—Vd., al referirse al «control» de la producción, habló de otras formas y sistemas. En su opinión, son más progresistas que las propias nacionalizaciones. ¿Puede especificar estas formas?

— M. P.—Lo que digo es que hay formas de control con potencialidad para poder ser más progresistas, más «avanzadas» en la fase actual que las propias nacionalizaciones.

En la base de una nacionalización tenemos al Estado que toma directamente el lugar del empresario, lo que puede conducir a una mera sustitución de administradores, si no hay rápidamente, dentro de los sectores nacionalizados, una dinámica muy grande por parte de los trabajadores en el sentido de una participación activa en el propio proceso de reestructuración de esos sectores y de esas empresas.

Por tanto, con las nacionalizaciones hay un riesgo, el que se dé una simple sustitución de administradores, y este riesgo depende de la propia dinámica de los trabajadores. Estos tienen la palabra decisiva pero la nacionalización, como tratamiento de choque, puede dar una tranquilidad excesiva a las masas trabajadoras, con el argumento: «ahora esto es nuestro, pues el Estado se hizo cargo de ello...».

Ahora bien, las formas de «control» que no implican inmediatamente la nacionalización, pueden ser ejercidas, por ejemplo, por órganos del Estado conjuntamente con órganos representativos de los trabajadores que se apliquen a hacer el llamado control de producción a nivel sectorial.

Hay, por tanto, un conjunto de empresas, hay comisiones de trabajadores o de «control» de producción. El Estado, por su parte, en relación con estas comisiones, va, en cierto modo, a reorganizar el sector e imponer ciertas normas, intervenir en el reparto de inversiones, e incluso en la propia demanda. Y cuando digo que este esquema es progresista es en este sentido. Un esquema de este tipo exige, de hecho, una vigilancia permanente de las propias comisiones de trabajadores, a través de su participación en el órgano estatal y de su acción a nivel de las empresas, lo que, repito, puede ser potencialmente más progresista que, en ciertos casos, una nacionalización inmediata. Esto, sin embargo, no significa que no haya sectores en los que sólo sea concebible, como ya ha sucedido, por lo demás, la nacionalización inmediata, porque eran los centros de acumulación monopolista. Estas nacionalizaciones han tenido que ser hechas y habrá probablemente que hacer otras.

Hay, no obstante, otros sectores, en los cuales experiencias de otro tipo me parecen más aconsejables.

EXPERIENCIAS EN LOS SECTORES DE LA METALURGIA Y DE LA INDUSTRIA NAVAL

—D. N.—¿Coinciden estos sectores con aquellos en que predominan las pequeñas y medias empresas, o hay otros, como por ejemplo el de la industria del metal?

—M. P.—La industria pesada es, precisamente, un caso en

que ha habido todo un trabajo de preparación de un esquema de este tipo. Y me parece que se trata de un sector adecuado para una experiencia de estas, además de que tiene un poder de arrastre muy grande. Y por otra parte el Estado domina incluso algunas empresas del sector en este momento.

Pero tenemos otro caso, el de pequeñas y medias empresas, el de los pequeños y medios astilleros navales. En este momento está creándose una comisión Instaladora de un órgano de «control» de este tipo en este sector cuya estructura es muy heterogénea.

Realmente, aparte de tres grandes astilleros —Lisnave, Setenave y Viana do Castelo— que tienen problemas muy específicos, hay en este sector, un conjunto de algunas decenas de astilleros, algunos de los cuales son muy pequeños y están ya en este momento en régimen de cooperativa de producción. Hay otros de mediana envergadura y algunos incluso con una dimensión y capacidad razonable: San Jacinto, Mondego, etc. Todo esto tiene que ser articulado, pues hay un equipo productivo importante, pero que está completamente desajustado y con problemas de empleo.

En ese sentido se está tratando de lanzar la experiencia participando activamente los trabajadores en la elaboración de ese esquema.

Otro caso que puedo citar es el de cuatro empresas medias de la industria del metal que están, por diversas vías, bajo «control» del Estado. Estas empresas se complementan de tal modo que nos llevaron a pensar que sería viable la elaboración de proyectos comunes, sacando partido de los equipos de instalaciones y de las capacidades técnicas. Los trabajadores crearon ya incluso, un secretariado común a esas empresas, y nosotros los del Ministerio de Industria vamos a crear un grupo de trabajo para coordinar los distintos proyectos comunes.

Pero lo importante de todo esto es que se está llevando a cabo con la participación directa de las comisiones de trabajadores de varias empresas. Hay aquí también un esquema un poco diferente de las otras experiencias, pues caso por caso, las situaciones son diferentes y exigen, por tanto, soluciones diferentes.

LA DINAMIZACION A TRAVES DEL MERCADO

— D. N.—Además de estos problemas específicos de «control» de producción existen también los relacionados con la dinamización del mercado. ¿No está esta cuestión, sin embargo, ligada también al comercio exterior?

— M. P.—Está ligado, y no sólo eso. Diría incluso que, resumiendo mucho entre los sectores en crisis hay dos bastante importantes: el textil y el de materiales de construcción.

En el caso del sector textil, que está vuelto de cara al mercado exterior hay todo un programa de promoción en el extranjero que tiene que ser incrementado, lo que, por lo demás, viene llevándose a cabo a través del Fondo de Fomento de Exportación y de varios organismos de prospección.

Pero, de cualquier modo, en el ámbito del Ministerio de Industria, estamos pensando, en conjunto, con el Ministerio del Comercio Exterior, en lanzar un esquema que tendrá como objetivo, de hecho, dinamizar esa promoción externa, además de lanzar las bases para una reestructura del sector.

Este sistema, podrá incluso, ser hecho a través de algunas empresas importantes que, a través de la nacionalización de los Bancos, pasaron a ser controladas por el Estado.

ACUERDO CON POLONIA: UN EJEMPLO DE COOPERACION INDUSTRIAL

— D. N.—También en relación con el mercado, fue, recientemente, negociado un acuerdo con Polonia con relación a la industria naval. ¿Cuál es el significado de ese acuerdo para este sector?

— M. P.—Este acuerdo es original y sirve de ejemplo para otros del mismo tipo. En este acuerdo con Polonia, que designamos como de cooperación industrial, se ponen en común medios de producción con objeto de completar las capacidades existentes entre los dos países.

Para nuestros astilleros el acuerdo tiene un interés muy grande, pues les asegura una demanda muy considerable en los próximos años, pero dentro de una cooperación técnica con Po-

lonia, que para nosotros tiene un interés complementario en la medida en que podremos adquirir, a través de esa cooperación conocimientos tecnológicos y de proyecto que no poseemos.

El acuerdo con Polonia puede tener así un efecto de dinamización del mercado aunque, en realidad, el sentido del acuerdo no sea el de crear mercados para nuestros astilleros.

Es, de hecho, un acuerdo de cooperación industrial en el que los medios técnicos, existentes en los dos países, son puestos en común para la producción que interesa a ambos.

Para nosotros sería extraordinariamente interesante que acuerdos de ese tipo pudieran ser firmados en otros dominios y con otros países. Incluso no hay que excluir que, lleguemos a tener acuerdos con Polonia, de ese tipo pero en otros dominios, como en el sector de la industria del metal. Por parte del gobierno polaco se nota —y es justo hacerlo notar— una gran apertura y comprensión por la situación portuguesa.

LA RECONVERSION DE LA INDUSTRIA DEL AUTOMOVIL

— D. N.—Uno de los puntos que últimamente ha estado en el candelero, es el caso de las cadenas de montaje de automóviles. Se habla de la necesidad de reconversión de esa industria, de la disminución de modelos de automóviles montados en Portugal. ¿Qué política piensa seguir el Ministerio de Industria?

— M. P.—El caso de la industria del automóvil es una de las herencias más dramáticas, desde el punto de vista industrial, del régimen anterior, en la medida en que se promovió la instalación de dos docenas de cadenas de montaje, en que el incremento del producto nacional queda reducido, y se multiplicó el número de marcas y de modelos. Es un ejemplo de un sector que nació completamente torcido y volcado hacia un tipo de civilización en la que Portugal ni siquiera estaba (ni lo está) inserta. Y esperemos que no llegue a estarlo.

Este caso nos muestra también una experiencia curiosa y bastante positiva de la participación de los trabajadores en la solución de sus propios problemas.

Hace mucho que se sabía que había crisis en ese sector, pero fue necesario la publicación de las restricciones de crédito para adquisición de automóviles, para que eso sirviese de «ducha de agua fría» que hizo consciente a toda la gente ligada al sector de la necesidad de hacer algo al respecto.

Y fueron los trabajadores los que crearon rápidamente una comisión para estudiar el problema de la reconversión. Y fueron ellos mismos los que, en cierto momento, descubrieron que era necesario definir el papel del automóvil en el país futuro.

El Ministerio de Industria, reunido con delegados de esa comisión, decidió enseguida, promover la creación de un grupo de estudio sobre la política del automóvil. Este grupo, que quedará ligado al Ministerio de Planificación y Coordinación Económica, va a tratar de los problemas que se plantean en el sector en su conjunto, englobando de este modo, los sectores industrial y comercial (este último además tiene el mayor número de trabajadores) con una óptica más de cara al futuro.

Se va a intentar definir —y por eso participa también en el grupo el Ministerio de Transportes— cual va a ser el papel del automóvil de aquí a «X» años, en conjugación con los transportes colectivos, así como el número de modelos que habrá que construir y cómo llegar a eso a partir de lo que existe.

Todo esto tiene que ser concretado en un plazo de cinco meses. Y es una tarea eminentemente política, porque se trata de un sector que de por sí es ya el símbolo de un determinado tipo de civilización.

«CONTROL» DE LA PRODUCCION POR LOS TRABAJADORES: ACCION EMINENTEMENTE POLITICA Y REVOLUCIONARIA

— D. N.—¿Es pues con esta óptica de dinamización sectorial como el Ministerio de Industria ve lo esencial del problema del «control» de la producción?

— M. P.—El «control» de la producción por los trabajadores es una cuestión que ha sido poco debatida y no me es posible ahora desarrollar el tema. Quiero sólo acentuar que lo que hemos estado hablando constituye la contribución del Ministerio de Industria para que tal «control» tenga un área de aplicación más amplia que la de la empresa aislada y para que,

en consecuencia, los trabajadores empiecen a intervenir en la propia «gestión social». Pero lo esencial del problema no reside en esto: reside en la conciencia de los trabajadores de que el «control» de la producción es una acción eminentemente política y revolucionaria, y en las formas justas que sepan encontrar en cada caso, para ejercer esa acción que, como es evidente, ultrapasará ampliamente el campo estrictamente sindical.

Y que no me vengan a argumentar con el espectro de la autogestión y de sus riesgos en un contexto capitalista. Nos guste o no, hay hoy en Portugal, numerosas experiencias de autogestión muy positivas, no sólo en el sector industrial, que compete precisamente a los órganos de «control» sectorial sustentar y apoyar —en conjunto con otras formas de «control» de la producción a nivel empresarial—, y cuyos riesgos pueden ser minimizados si se encuentran formas de «contabilidad social» de transición que gradualmente sustraigan el sistema económico a la lógica de lucro privado. Todo esto está por discutir, pero es de vital importancia política.

NO SE PUEDE RESUMIR LA BATALLA DE PRODUCCION EN UN SLOGAN PUBLICITARIO

—D. N.—Nos parece que todo este esquema trazado sobre la dinamización del «control», se inserta también en la batalla de producción. ¿No es así?

M. P.—Observe que, sin dejarlo explícito, no hablamos hasta aquí de una crisis que no fuera la batalla de producción. Creo que la batalla de producción no puede resumirse en un «slogan» publicitario. Sería extremadamente grave que las personas se vieran arrastradas hacia una vía de este tipo: para producir sin saber qué, cómo, para qué, ni para quién...

Admito, que en muchas empresas, los trabajadores esten empeñados en producir, en sacar el mayor rendimiento posible de los equipos y de sus capacidades. Pero, como hemos visto, hay problemas de mercado, de financiación y tantos otros. Por tanto, creo que puede ser frustrante, en ciertos casos, lanzar una batalla de producción de una forma relativamente discriminatoria.

Cuando digo discriminatoria es en el sentido de mostrar ejemplos de trabajadores —hacia quienes, por lo demás, creo que debe de existir una actitud de admiración— que están en situación favorable en relación a otros que si no producen es sólo porque no tienen condiciones para hacerlo. Y son esas condiciones las que el Ministerio de Industria conjuntamente con otros ministerios y comisiones de trabajadores está intentando crear.

La imagen del trabajador ejemplar puede ser un poco contra-productiva y, más aún, ciertas afirmaciones, hechas recientemente y por personas de responsabilidad —que no puedo en modo alguno corroborar— aconsejando y fomentando la denuncia de trabajadores por otros trabajadores. Creo que esto, es de hecho, algo que no tiene nada que ver con cualquier especie de socialismo que se trate de implantar en Portugal.

Si los trabajadores no son capaces de encontrar las formas de organizarse y de controlar la producción y de participar a fondo en la dinamización de su propio sector, no creo que pueda hablarse de una batalla de producción verdaderamente revolucionaria. Pues batallas de producción ya las ha habido antes en muchos países —estoy recordando los países capitalistas después de la guerra— y acabaron por conducir a un refuerzo del propio sistema capitalista, por haber concluido por poner entre paréntesis el proyecto revolucionario.

LA DIMISION DE MARTINS PEREIRA

«LA BATALLA DE LA ECONOMIA EXIGE DECISIONES REVOLUCIONARIAS»

João Martins Pereira, Secretario de Estado de la Industria, en «A Capital».

«La industria no está bien ni mal enfocada. Simplemente, el problema no es ese. La industria «se asegura» el día en que se asegura la economía, y ese día «se asegura» el propio proceso revolucionario. Ahora bien, eso sólo es posible hacerlo políticamente, al más alto nivel político, al nivel del MFA. Sólo es posible hacerlo con una clara afirmación de independencia revolucionaria», afirma el ingeniero João Martins Pereira, secretario de Estado de la Industria y Tecnología, en el texto en que pide la dimisión del cargo al Presidente de la República y al Primer Ministro.

El documento constituye un análisis de la situación política portuguesa actual, situando de forma política las grandes opciones de la Revolución en el momento en que se dan pasos importantes en el refuerzo de la iniciativa del poder popular.

«Salir del Gobierno, pocos días después de haberlo hecho el Partido Socialista, presenta el riesgo evidente de verse asociado en sus motivaciones con esa organización partidaria.

«Salir del Gobierno, siendo uno de los responsables del importante sector de la actividad económica —la industria—, en el momento en que la situación económica es grave, en el mo-

mento en que se habla tanto de batalla de la economía, implica también el riesgo de ser acusado de desertión, de «abandonar el barco» individualmente cuando éste empieza a hacer agua.

«Salir del Gobierno en el momento en que algunos parecen interesados, mediante maniobras oscuras, en descubrir divergencias insalvables dentro del propio Ministerio de Industria, que no tienen el más mínimo fundamento, es correr el riesgo de que esos mismos se aprovechen de eso en su favor.

«Pues bien, salir del Gobierno en esas condiciones, cuando se es consciente de que se puede ser objeto de tales acusaciones y especulaciones, significa que se tiene la valentía política (cosa que tanto ha faltado entre nosotros) de tomar, en un momento particularmente desfavorable, una decisión que se está igualmente consciente de no poder aplazar más. Y de que el único, el último servicio que todavía se puede prestar es precisamente el de explicar públicamente y sin rodeos los porqués profundos de este aparente suicidio político.

«Este pequeño lujo se lo pueden dar aquellos que, no recibiendo órdenes de ningún grupo ni partido, mantienen el privilegio (y la vulnerabilidad, también) de pensar por sí mismos.

ACTUACION DE LOS PARTIDOS

«Fue únicamente a partir del 28 de septiembre, pero sobre todo, al terminar el año y, debatida la cuestión de la unidad sindical, cuando se comenzaron a definir los contornos de una «cuestión partidaria» que desde entonces no dejó de agravarse.

«Me refiero, claro está, a los conflictos surgidos entre el Partido Socialista y el Partido Comunista, que se polarizaron sucesivamente sobre determinados problemas concretos: elecciones, 1.º de mayo, Información, etc.

«Sería demasiado simplista, y ya lo ha sido hecho, decir que uno de los dos partidos se «inserta en el proceso revolucionario» y el otro no, aunque se tenga cuidado en distinguir en el segundo, el partido socialista, las bases de las cúpulas. Hasta se puede admitir que eso sea correcto, a primera vista, sólo que es insuficiente para resolver las cuestiones fundamentales, que tienen más que ver con clases que con partidos. Ahora bien, la división entre los dos partidos está lejos de correspon-

der al de dos hipotéticas clases sociales que irreductiblemente se enfrentan: hay obreros y trabajadores de distintos sectores, hay pequeña y hasta media burguesía en ambos partidos, aun cuando las respectivas proporciones sean distintas. De ahí que el «drama» histórico de la revolución portuguesa esté en el hecho de que el bloque social movilizable para un proyecto revolucionario de socialismo con fuerte participación, no se pueda confundir en rigor con las masas movilizables por cualquiera de los partidos (¡qué fácil sería todo en ese caso!). Esta división partidaria corresponde a un corte vertical que separa a los que creen reconocerse en tal «socialismo en libertad», indefinido intencionadamente (o con pretensiones de aprovecharse de ello), y, que no es más que un imposible espejismo del sistema que conocen las ricas socialdemocracias europeas, de los que sumariamente se reconocen en un «partido de los trabajadores» cuya organización, disciplina y seguridad les prometen un nuevo orden socialista de modelo igualmente conocido por los «iniciados», siendo para otros un mito con enorme fuerza movilizadora. Sucede así que las masas de apoyo de estos dos partidos se encuentran polarizadas por dos proyectos políticos no sólo inconciliables sino probablemente inviables los dos (el primero por lo menos sin margen a dudas).»

PROYECTO POLITICO

Ahora bien, el tal bloque social al que antes me he referido, tendría que pasar por un corte horizontal que uniese una amplia mayoría de las masas trabajadoras y ciertas fracciones de la pequeña y media burguesía (como fuerzas de apoyo indispensables) en torno a un proyecto político viable y claramente accesible, que no pudiera ser confundido con ninguno de los dos anteriores. Pero reconocer esto, es reconocer otras cuantas cosas que se derivan de ello. En primer lugar que tal proyecto político, condición necesaria para el avance seguro del proceso revolucionario, no puede ser obra de cualquier «coalición partidaria» a través de la cual se da sólo la yuxtaposición (confusión) de proyectos incompatibles. Segundo, y en consecuencia que sólo una fuerza política por encima de los partidos podría definir tal proyecto, imponiéndolo y disciplinándolo. Y tercero,

tal vez lo más importante, que es indispensable tomar conciencia por fin del mito «Pueblo-MFA», y comprender que ninguna revolución se hace con todo el pueblo: hay que ganar para el proceso revolucionario a la mayoría del pueblo (ya se sabe que se diéron revoluciones apoyadas en escasas minorías), pero hay también que asumir el hecho de que habrá una parte del pueblo que estará contra el proceso. Aquí se plantea de nuevo, en términos de «Pueblo», la cuestión del bloque social revolucionario.

«Pero conviene aclarar: al hablar del «proyecto político» no me estoy refiriendo a una elaboración teórica a priori cualquiera, sino al ejercicio de una práctica coherente en que la clara distinción de los proyectos partidarios diese, en lo cotidiano, los elementos graduales de una «teorización» cada vez más estructurada y posible. Una autoridad política así fundamentada se consolidaría por sí sola y sería incontestable.

«Esto es fácilmente comprensible si miramos hacia la práctica partidaria: ningún partido formuló con precisión su «proyecto político», pero las respectivas prácticas son suficientes para que aquellos se tornen transparentes. Por un lado, el culto al voto, al parlamentarismo, a las «libertades» en abstracto, la no militancia revolucionaria, los apoyos internacionales que se buscan y con los que se acciona y se especula, los modos, los comportamientos, la «oratoria» inflamada, etc. etc., en fin, un proyecto burgués patente. Por otro, el culto al aparato, del dirigismo dogmático, de la militancia acrítica, de la manipulación del lenguaje estereotipado, la repulsa por las experiencias colectivas y por las prácticas de masas «no controladas», la importancia dada a la conquista de posiciones-clave en todos los sectores, la fidelidad canina al MFA-mito, etc., etc.— en fin, la prefiguración de un proyecto «estatizante» y dirigista donde la creatividad de las masas no ha lugar.

M.F.A. CRISIS ECONOMICA Y AUTORIDAD REVOLUCIONARIA

«¿Y el MFA? ¿Cuál es su práctica política? Simplificando bastante, diríamos que, hasta el 11 de marzo fue difícil para el MFA definirse, pues la presencia de los espinolistas en su seno, constituía un serio obstáculo para su expresión clara como mo-

tor del proceso revolucionario. Pero ocurre, por otra parte, que ya entonces las luchas partidarias eran ardientes. El MFA se vio obligado a insertarse permanentemente en la lógica de la división «vertical» del «pueblo» por partidos, lo que no siempre le permitió sino antes, por el contrario, evitar identificaciones que manchaban su imagen de independencia y suprapartidismo. Es cierto que conservó siempre un componente «populista» de donde sin duda han partido sus acciones más profundamente revolucionarias, pero eso pareció siempre más como un «romanticismo» característico de todas las revoluciones, pero siempre también, condenado, en último término por las duras exigencias de la lucha de clases.

«De todo esto resulta, y tal vez no haya podido ser de otro modo, que la práctica política del MFA, parece con frecuencia contradictoria, hecho agravado por la creación (en el desarrollo del proceso) de una multiplicidad de centros de poder efectivo, en dominios parciales pero parcialmente superpuestos, pautando cada uno su acción en función de estrategias partidarias o por reacción a ellas. Un mismo responsable toma, a veces, posiciones opuestas, según las circunstancias: la propia imagen de todas estas contradicciones ha sido dada por el ministro de Comunicación Social, que llega al punto de dar una entrevista a un periódico que una semana antes calificara de antinacional (gravísima acusación, ¿no?) y por el cual, semanas antes manifestara pública consideración.

«Tal situación es, por varias razones, comprensible (¿no he dicho ya muchas veces que la lucha de clases pasa por el interior del MFA?) y no sería dramática siuviésemos todo el tiempo necesario a nuestra disposición. Pero no lo tenemos. Está también ya más que explicada y analizada la degradación gradual de los mecanismos económicos, las enormes dificultades de una fase en que se pretende destruir las relaciones capitalistas, pero en la que todavía se está muy lejos del socialismo. Afrontar simultáneamente problemas de desempleo, de falta de mercados, de reconversiones necesarias, de la balanza de pagos, de boicots encubiertos o declarados, de escasez de medios financieros, etc., exige una disciplina y una contención que la mayoría de los portugueses, no conoció todavía desde el 25 de abril. Impone la adopción de medidas que sólo una in-

contestable autoridad revolucionaria tiene el derecho de poder tomar y aplicar.

«El MFA se dio cuenta de esta situación, pero no consiguió formular la respuesta: el Plan de Acción Política constituye un nuevo compromiso, en un momento en que ya era peligroso un compromiso más. El MFA confió una vez más en los partidos, confió una vez más en un equipo económico al que atribuía competencia, aplicación, convicción revolucionaria. Pero el PAP no podía hacer más que preparar una nueva crisis política: de una forma u otra tenía que surgir, y aquí la tenemos.

«Se dice, que mientras tanto, el MFA aprobó el «documento guía» sobre el poder popular. Es cierto. Se trata de una apasionante prefiguración de lo que podía ser un día una sociedad socialista. Es importante, pero la concreción de tal proyecto pasa, infelizmente, por los próximos tres o cuatro meses. Y para superar éstos, sería indispensable que el MFA hubiera hecho públicamente una profunda autocrítica. Habría sido decisivo que pronunciase públicamente una severa acusación contra el Partido Socialista por amenazar en plena crisis política, con una paralización general del país, y al Partido Comunista por haber creado, el día 4 de julio, artificialmente un clima de tensión que casi presagiaba una guerra civil (¿por qué tener miedo de las palabras?). Habría sido importante sacrificar algunas cabezas para reconstituir el prestigio que él mismo considera inseguro.

Frente a esto, ¿qué puede un secretario de Estado de Industria en el caso presente? ¿Mantenerse tranquilamente en su puesto, dando la impresión tranquilizadora, de que la Industria está bien encauzada, admitiendo que se siga depositando en él la confianza? Pero la industria no está ni bien ni mal encauzada. El problema no es ese. La industria «se asegura» el día en que «se asegura» la economía, y ese día, «se asegura» el propio proceso revolucionario. Ahora bien, eso sólo es posible hacerlo políticamente, al más alto nivel político, a nivel del MFA. Sólo es posible hacerlo con una clara afirmación de independencia revolucionaria. De otro modo, se podrá incluso «asegurar» la economía, pero tal vez eso cueste demasiado en términos revolucionarios: será inevitable una acción represiva, tanto más dura cuanto más tiempo pase. Incluso admitiendo que un MFA, en ausencia de otra alternativa, venga a trillar ese camino, serán entonces bien pequeñas las posibilidades de que llegue a

cumplirse el programa revolucionario del «documento guía». Los riesgos son grandes.

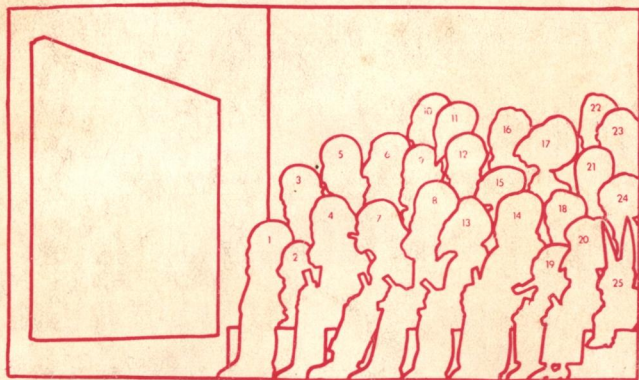
«Se han dicho tantas palabras, se han hecho tantos análisis sabios, han sido tantas las advertencias, que, por mi parte, no veo que llegue el verbo para pronunciar mi alerta y hacerla oír por los hombres del MFA.

«Acepto mis riesgos. Dímlto.»

Nota.—La solicitud de la dimisión fue hecha el día 14 de julio. La decisión estaba tomada algunas semanas antes, pero su gravedad, impuso una observación atenta de los acontecimientos posteriores a la publicación del P.A.P.

Los textos que componen este libro, apenas necesitan aclaración. Se explican a sí mismos, a la vez que dan cuenta de las situaciones concretas en que fueron hechos y de las que son expresión. Son documentos básicos para la comprensión de los acontecimientos de Portugal hoy.

Los textos escogidos abarcan un período breve, pero fecundo: el que va desde el momento de una entrevista concedida por Martins Pereira al "Diario de Noticias" —17 de junio de 1975— a la dimisión de aquél —14 de julio de 1975— como secretario de Estado de Industria y Tecnología.



- 1 Wladmir Iljitsch Lenin
- 2 Georg Wilhelm Friedrich Hegel
- 3 Pierre-Joseph Proudhon
- 4 Karl Marx
- 5 Herbert Marcuse
- 6 Josef Stalin
- 7 Ernesto -Che- Guevara
- 8 Friedrich Engels
- 9 Michail Bakunin
- 10 Georg Lukács
- 11 Ho Chi-minh
- 12 Georgij Plechanow
- 13 Leo Trotzki

- 14 Mao Tse-Tung
- 15 Mahatma Gandhi
- 16 Fidel Castro
- 17 Bertrand Russell
- 18 August Bebel
- 19 Jean-Paul Sartre
- 20 Rosa Luxemburg
- 21 Sun Yat-sen
- 22 Arnold Toynbee
- 23 Pjotr Kropotkin
- 24 Antonio Gramsci
- 25 Henry Kissinger